

# Capítulo 23 - Luces Pálidas

- [Capítulo 23 - Luces Pálidas](#)

# Capítulo 23 - Luces Pálidas

El profesor Sasan estaba en excelente forma durante la conferencia, que duró cuatro horas con una pequeña pausa para que los estudiantes pudieran usar los retretes.

La pregunta que había planteado en la clase anterior acerca del nombre del período que precedió a los inicios del Primer Imperio—el Nix, aprendió Song—se convirtió en una discusión animada sobre las limitaciones del conocimiento histórico y las preguntas que planteaba. La origen de los huecos, por ejemplo. Se sabía que ya existían huecos en la época del Primer Imperio, pero se creía que los Antediluvianos que lo construyeron provenían del Viejo Mundo superior. ¿Había habido huecos antes de su llegada?

¿Eran los huecos, en cierto sentido, los habitantes naturales de Vesper?

Esa proposición provocó una mezcla de ira ofendida y satisfacción traviesa, con el profesor actuando más como árbitro de la discusión—exigiendo fuentes, comentando sobre su credibilidad—que como el líder del debate. Tras la pausa, la enseñanza fue más tradicional, centrándose en la fundación y la naturaleza del Primer Imperio. Aunque sus lenguas habladas eran en mucho tiempo olvidadas y las obras escritas apenas descifradas, Song se sorprendió al descubrir que aún quedaban rastros de ellas. Se cree que varios de los cantos huecos en el Mar Trebian descienden de lenguas antediluvianas.

Era el tipo de clase que a Song le habría gustado muchísimo si hubiera tenido ganas de disfrutar de algo en absoluto.

Tres días. Habían transcurrido tres días desde que desató su rabieta como un martillo para destruir metódicamente todo lo que había intentado lograr desde que pisó Tolomontera. Desde entonces, había estado a la deriva.

Angharad volvió una vez más a la cabaña solo para recoger sus pertenencias, cuidadosamente asegurándose de venir cuando todos los demás estaban seguros de estar ausentes. Maryam dejó de quedarse en el Prado después de la segunda noche, pero volvió solo para dormir y se marchó antes del desayuno. Tristan, por su parte, ya no iba a clases, y la única razón por la que Song sabía que seguía vivo era porque había dejado una nota mencionando que estaba “siguiendo algo” y que la comida desaparecía con regularidad.

No se molestó en escribir una segunda ni una tercera nota, solo marcaba una X adicional en la parte inferior del mismo papel cada día para reiterar que aún respiraba.

Tres días, y aunque las oportunidades habían sido escasas, Song había visto algunas pasar frente a ella. Podría haber intentado forzar una conversación con Maryam en esos veinte segundos cada mañana en que veía a la otra chica antes de que se marchara de la cabaña, o solicitar que Angharad tomara un té con ella cortésmente, lo suficiente como para que la noblewoman tuviera

dificultades para rechazarla. Dioses, incluso podría haber ido a por Tristan en el Chimerical para atraparlo mientras trabajaba allí.

Pero no lo hizo. Ninguna de esas cosas.

“— trescientos palabras sobre por qué aún llamamos al Primer Imperio un imperio, aunque, según todas las fuentes primarias, fue una oligarquía”, dijo el profesor Sasan. “Recogeré las tareas al comenzar la clase.”

Una pausa.

“Debe ser evidente, pero el pasillo lleno de esculturas de oro incrustado en esmeraldas que se abre a un lado de esta sala de conferencias, es una trampa”, añadió. “Si alguno de ustedes es lo suficientemente ingenuo como para ser engañado por Scholomance al esforzarse tan poco, marcaré bajo el resto de su grupo en la tarea, en lugar de otorgar puntos de lástima.”

Hubo algunas risas, y tras ajustarse las gafas con una sonrisa, el profesor despidió la clase. Song se enderezó con decisión, se volteó a la izquierda, pero antes de que pudiera abrir la boca, Angharad ya estaba de pie y alejándose. Se adentró en la multitud de estudiantes que se dispersaban.

Eso fue todo por ese asunto.

Los Pereduri no abandonarían la estancia vagando por los pasillos, al menos no. Song miró hacia atrás, donde el cabal sat en silencio, y vio que Ferranda evitaba nuevamente su mirada. Aunque ambas eran amigables, no eran más que conocidas, así que ambas sabían que la otra capitán terminaría involucrando a Angharad si pudiera. Ella, por su parte, hacía el esfuerzo.

Pero, ¿cómo podía Song enfadarse por esas muestras de cortesía, si Angharad necesitaba ayuda y todos esos problemas eran, en realidad, culpa suya? Además, había otras reparaciones que la Tianxi debía hacer. Se volvió hacia Maryam, que todavía guardaba sus libros y papeles.

“¿Tienes un momento?”, preguntó en voz baja.

Sus ojos azules se elevaron hacia ella.

“No,” dijo Maryam. “La capitán Yue espera que esté en la Abadía en media hora, y ya voy con prisa.”

“Entonces, mejor más tarde esta noche,” sugirió.

La izvorica encogió los hombros.

“Sabes dónde duermo,” respondió, sin prometer nada.

La bolsa se colgó sobre su hombro, y con un asentimiento se alejó. Song mantuvo una expresión serena. Solo el orgullo desmedido le hacía sentir que aquello era un rechazo. Quizás, si hubiera sido más rápida en acercarse a Maryam, no habría habido tanta... distancia entre ellas. Se obligó a

concentrarse en ordenar sus cosas, logrando suficiente concentración como para no escuchar la aproximación de la otra.

“Capitana Song, ¿una palabra?”

Su mano rozó discretamente el mango de su espada mientras giraba y le dedicaba una sonrisa amistosa. Ramona, de la Cuadragésimo Novena Brigada, parecía capaz de defenderse en combate. Cabello corto, una cicatriz de daga sobre la nariz y una complexión de luchadora formada solo por músculos, sin exceso de grasa. La sonrisa que mostraba la rubia parecía forzada, como si fuera un perro poniéndose un sombrero para cenar.

“Ramona,” la saludó Song con un gesto, luego levantó una ceja. “¿O quizás, capitana Ramona, ahora?”

La sonrisa se volvió más sincera y notablemente más afilada.

“Desde hace dos días,” confirmó la capitana Ramona. “Hubiera ido en busca de ti antes, pero mi casa necesitaba ordenarse.”

“Felicidades,” contestó Song, diciendo en su interior que en gran medida lo sentía de verdad.

Tengfei Pan había sido claramente la influencia principal en la búsqueda de la recompensa sobre Tristan, así que mantenía la esperanza de que un cambio en el liderazgo les hiciera reconsiderar. Pero era solo una esperanza, así que Song colocó el pulgar en su cinturón—curiosamente, cerca de su espada. Una mirada detrás de Ramona le reveló que el resto de la brigada permanecía cerca. Su mirada fue notada.

“Es hora de una conversación entre nosotros,” dijo la capitana Ramona, “aunque no desconozco que ha habido desavinencias entre nuestras brigadas.”

Con habilidad, desenvainó la hoja gruesa en su cadera y la colocó sobre la mesa, seguido de un pistón gastado en un latido.

“Esto no es una trampa,” afirmó la rubia. “Me ofrezco a acompañarte sin armas, dejando que tú elijas el destino, y ordené a mis cabalistas que se abstuvieran durante cinco minutos antes de partir del auditorio.”

Los ojos de Song se estrecharon. Huang Pan, el Tianxi de rostro redondo, con el contrato que discernía si un objeto o persona se encontraba en alguna de las direcciones cardinales, aún conservaba todos sus usos diarios. Pero, pensó Song, sería difícil seguirnos solo con eso. Había una razón por la que lo usaron para emboscar a Tristan, no para perseguirlo. Al fin y al cabo, no era una herramienta muy precisa.

—Entonces, hablemos— asintió Song. —Ven.

Ella aceleró el paso, notando que la joven Malani del Cuadragésimo-Nueve se deslizó para recoger las armas abandonadas mientras ambos avanzaban por los pasillos. Ninguno de los dos asomó

siquiera la vista al pasillo trampa a su izquierda, en cambio, pasaron de largo una triada de Izcalli parlanchines, dejando suficiente espacio para que nadie estuviera lo bastante cerca como para escuchar con claridad. Song moderó su ritmo, aunque solo ligeramente. No facilitaría que el Cuadragésimo-Nueve los alcanzara.

—Esto servirá— dijo a Ramona mientras continuaban su caminata.

Aún se dirigían hacia las puertas principales, pero tenían tiempo suficiente para una breve charla antes de llegar, y las estacas en el suelo proporcionaban cierta seguridad.

—Sana we — ofreció de manera franca la capitana Ramona. —Nuestro patrono quiere vuestras cabezas en una pica, pero no estamos aquí para satisfacer esa absurda disputa entre ella y vuestra brigada.

—No fueron ellos quienes iniciaron este conflicto— dijo Song.

—No, fue nuestra avidez por cobrar esa recompensa— reconoció la otra mujer— y, por intentarlo, Fara ya no puede saborear la sal.

Song parpadeó, intentando ocultar su desconcierto. Pero no lo logró del todo.

—Así funciona Lady Knit— explicó Ramona— Ella toma algo de ti, para volver a coserte, como si nunca hubieras tenido nada.

No era de extrañar que la joven Malani pareciera indecisa, confundida entre querer partirla la garganta a Tristan o alejarse asustada. Había perdido mucho, pero temía perder aún más en venganza.

—Interesante— dijo simplemente Song.

Lo mejor era que Ramona continuara hablando. Las mejores negociaciones ocurren cuando dejas que la otra parte negocie consigo misma.

—Primero, propongo una tregua— reiteró Ramona—. Me he dado cuenta de que quizás hemos estado abordando esto de la manera equivocada.

La Tianxi solo inclinó la cabeza en señal de acuerdo, mientras los labios de la otra mujer se apretaban con irritación por la escasa concesión antes de relajarse.

—El rumor dice que La Decimotercera ha atravesado momentos difíciles— comentó Ramona.

—Los rumores son cosas volubles— respondió Song.

—Lo son— afirmó Ramona— pero es público qué recompensas se toman en la Galería, y pregunté a mi patrono cómo son estas pruebas.

Ella encogió los hombros.

—¡Son un montón de piezas desagradables— dijo la rubia— Parece que te apresuraste demasiado en enmendar tu error, y eso le pasó factura a La Decimotercera. Quedaste en tercer lugar, por supuesto, pero ahora estás en una posición precaria en casa.

La mandíbula de Song se tensó. Ella habría quedado en segundo lugar si no fuera por la pérdida que sufrió en el primer día. El capitán Vivek, de la Primera Brigada, había superado tanto a ella como a Sebastian Camaron al completar dos misiones menores en rápida sucesión, un avance audaz que, según dicen, llevó a uno de sus cabalistas a la atención de Lady Knit por una noche.

—Como dije— respondió Song— los rumores son cosas volubles.

—No soy ciega— respondió de manera franca la capitana Ramona— Tu chica pálida parece lista para morder madera y la maestra espadachina Malani apenas habla. Abrascal se ha ido con el viento.

—Trabajo de pacto— dijo Song, fingiendo encoger los hombros.

Quizá incluso era cierto.

—De cualquier forma, él no te favorece— afirmó Ramona— Y si la forma en que La Decimotercera nos puso en su lugar me enseñó algo, es que una brigada se endurece ante el primer golpe, pero no puede soportar muchos de esos sin que esa ira se vuelva en su contra.

Song respiró hondo, con una punzada en el pecho. Eso era más cierto de lo que la otra mujer imaginaba.

“Tengfei te consideraba alguien que debía ser enterrado por eso, la fuente de todos sus problemas,” dijo la rubia. “Eso fue un error de su parte. Mira, Song, creo que tú y yo estamos en la misma situación.”

La Tianxi frunció el ceño.

“¿Eso es así?”

La capitana Ramona soltó una risita.

“Mi liderazgo es precario,” dijo. “Conseguí el puesto porque Tengfei cometió un error, pero si no puedo mostrar éxito, entonces los mismos votos que lo pusieron a él en el cargo volverán contra mí. Pero el tuyo también es igual de inseguro, ¿verdad? Demasiados golpes bajos. Necesitas una victoria, al igual que yo.”

“¿Entonces propones una tregua?”, dijo Song.

No era algo de lo que pudiera presumirse.

“Eso es lo importante,” explicó Ramona. “Lo discreto es que cancelaríamos la deuda por el oro que robaste y te diríamos dónde escondieron el botín en la Novena, todo lo que recuperaste de ellos.”

Y allí estaba la victoria ofrecida, presumiblemente. Admitidamente, una opción tentadora. Recuperar sus asuntos podría incluso contribuir a reparar relaciones con Angharad, considerando cuán enfadada había estado por los robos. Solo faltaba un detalle.

“¿Y cuál sería tu victoria, Ramona?”, preguntó ella.

“Haré lo que Tengfei no pudo,” respondió la rubia. “Una carga inútil para ti, ahora, enredada en tu cuello. Solo dime cuándo y dónde y te libraré de ese problema, además de compartirme un tercio del botín que consiga.”

Por un instante, Song quedó enmudada por la sorpresa. ¿Por qué ella – no, ahora tenía sentido. No había ocultado mucho su desagrado por el ladrón y, ahora, él estaba desafiando su autoridad al evitar las clases apenas una semana después de comenzar el año. Por apariencia, Song tenía toda la razón para querer deshacerse de él. ¿Por qué no intercambiar a ese ladrón por victorias que compensaran sus fracasos, un rescate de oro y la certeza de que sus enemigos no perseguirían más a la Decimotercera?

“¿Un tercero?”, repitió lentamente Song, para no mostrar ninguna de sus ideas.

Ramonasonrió como quien ha logrado un acierto en su apuesta. Song, por un momento, consideró desenfundar su pistola y dispararle en el estómago. Qué satisfactorio sería eso.

“No seas codiciosa ahora,” reprochó Ramona. “Te propongo algo más, para endulzar el trato: te presentaré a un Sabio que busca cambiar de rumbo. Me he fijado en que tu grupo no tiene un erudito que se encargue del trabajo en clase.”

“Mantener el número de miembros sería un problema, tras perder a un cabalista,” reconoció Song.

Mantuvo un tono sereno, sin dejar entrever nada. La otra mujer la observó con ojos oscuros, entrecerrados.

“Puedo notar que no estás totalmente convencida,” dijo la capitana Ramona. “Está bien. Admito que los riesgos son mayores para ti si las cosas salen mal.”

Ella encogió los hombros.

“Pero es una buena oferta y creo que, en el fondo, tú también lo sabes,” afirmó la Lierganense. “Te daré tiempo para pensarlo. Cuando estés lista, vuelve a mí y lo discutiremos a tu satisfacción.”

Song decidió no seguir caminando hacia las puertas acompañada por la capitana Ramona.

--

La clase en la Academia era peor que la de Saga en ciertos aspectos.

Lo que el coronel Cao enseñaba era objetivamente importante. Las solicitudes de suministros eran una de las responsabilidades de los capitanes, y cada brigada tendría que hacer esas solicitudes en

su examen de fin de año, por lo que es un conocimiento práctico que le estaban impartiendo. Aún más cuando el coronel dedicaba tiempo a explicar cómo sortear a los quartermasters obstaculizadores o cómo recurrir a las reservas estratégicas de las fortalezas de la Guardia cuando las existencias 'extras' ya estaban agotadas.

Mientras la pluma de junco de Song raspaba contra el papel, su mente seguía divagando. Era sumamente frustrante notar cómo perdía concentración una y otra vez, hasta que la propia frustración se convertía en la distracción. Peor aún, sus ojos no dejaban de desviarse hacia la pizarra colgada en la pared, donde se mostraban los nombres.

VIVEK LAHIRI - 5

SEBASTIAN CAMARÓN - 4

SONG REN - 3

Todo ello, no podía evitar pensar, era por el tercer puesto. Había decenas por debajo de ella y aún más que nunca habían llegado a aparecer en la lista, pero ¿qué importaba eso? No eran ellos quienes creía estar superando en realidad. Sentía un alivio cuando la clase terminaba tras apenas dos horas, con el coronel Cao liberándolos con una advertencia de que al fin de semana comenzaría la primera evaluación. No explicó en absoluto de qué se trataba, lo cual generaba susurros de interés.

Song habría huido de las Galerías, pero fue interceptada en su salida y, cuando figuras como la capitana Nenetl Chapul le hicieron una invitación, no estaba en posición de negarse.

La caminata hasta los salones no era larga. La capitana de la Tercera División no se había acercado a ella antes, como era natural que sucediera por ser una mujer al frente de una de las alianzas más grandes de su año. Song había sido cautelosa y no se había acercado ella misma, porque establecer tales vínculos la convertiría en peón en la partida de rencores entre la capitana Nenetl y Sebastian Camaron. Era razón suficiente para mantenerse alerta cuando la azteca de mejillas redondeadas la invitó a tomar una taza de té en el salón más hermoso.

Su contrato, reflexionó Song mientras se sentaba frente a la mesa, era sorprendentemente complejo.

La manera más sencilla de describirlo sería decir que Nenetl tenía una conciencia absoluta de sí misma. La joven azteca "sabía" todo acerca de su cuerpo y su mente en esa forma sin reservas que solo los dioses podían ofrecer. Nenetl sabía que había resfriado en cuanto la enfermedad se asentara, que el terror se metía en su mente incluso mientras afectaba sus pensamientos o que el ejercicio hacía más bien que daño a su cuerpo.

Ese contrato incluso la convertiría en una tiradora excepcional: sabría todo lo que estaba mal en su postura.

El precio era una especie de manía controlada, impulsos que surgían para hacer una misma acción setenta y siete veces seguidas, volviéndose más difíciles de resistir cuanto más las padeciera. Su

contrato residía en Antigua, por lo que era probable que el número setenta y siete fuera sagrado para su dios. La oración ritual garantizada por el contrato, más o menos, cosa que Song había notado como un precio preferido para dioses antiguos, cuyos efectos iban menguando. Los dioses jóvenes y temerarios, en cambio, se entregaban a conceptos que les gustaban, como niños devorando las bolas de arroz dulce en el plato.

Nenetl sirvió para ambas, el aroma de hojas rojas de Shouxing flotando hasta la nariz de Song. Ella inhaló profundamente con un suspiro, sin molestarse en ocultar su placer. Bebieron la primera taza en conjunto, como era correcto, pero la Tianxi atestiguó que la mano de Nenetl no tardó en alcanzar el plato de galletas especiadas que había pedido junto al té. Mantuvieron una charla trivial durante unos minutos, comentando la rareza de tener la lluvia prevista para cada séptimo día, y lo interesante que prometía ser la mitad de la clase de Guerra basada en el aquelarre.

Fue la capitana Nenetl quien finalmente fue directa al grano.

“He llegado a conocer información,” dijo ella, “que podría ser de tu interés.”

¿Podría?

“La incertidumbre solo radica en el grado, en realidad,” dijo Nenetl. “Descubrí dónde guarda tu pertenencia la Novena.”

Song mantuvo su rostro impassible. Eso hizo que dos personas intentaran venderle la información. Ferranda estaba convencida de que el odio entre Nenetl y Sebastián Camarón era genuino, por lo que no debería tratarse de un engaño en ese sentido. Sin embargo, eso no significaba que no fuera una treta en otro aspecto.

“¿Y si te preguntara cómo conseguiste esa información?”

Nenetl inclinó la cabeza hacia un lado.

“Ya te hicieron una oferta,” dedujo. “Probablemente la misma fuente que filtró la información. El Sabio de la Novena Brigada se vuelve parlanchín cuando lo piden con buen licor.”

Una de las muchas razones por las que a Song no le caían bien los ebrios.

“No es que no esté interesada,” dijo la Tianxi. “Eso, claro, depende del precio.”

“Nada oneroso,” afirmó la otra mujer. “El lugar también sirve como depósito de la Novena para algunos contrabandos. Nada que les valga más que una palmada en la muñeca, pero productos severamente prohibidos en la isla.”

Se detuvo, rompiendo un pedazo de galleta especiada y devorándola con gran entusiasmo.

“Todo lo que pido es que, cuando recuperes tu propiedad, prendas fuego al sitio,” dijo Nenetl. “No está en un lugar donde el incendio pueda propagarse, así que no habría problema en ese aspecto.”

El ceño de Song se levantó, visiblemente impávida.

“Eso sería convertirse en la vanguardia de tu lucha,” dijo.

“Interesante,” dijo Nenetl Chapul, con los ojos brillando. “Hablas como si ya no estuvieras en guerra con Sebastián.”

“No lo estoy,” respondió con firmeza.

“No estarías tan segura, si fuera tú,” dijo Nenetl. “En ese lugar no revelado, capitana Song, no encontrarás las pertenencias de Angharad Tredegar. Incluso mientras hablamos, ellas han sido devueltas a ella en el Hostal Rainsparrow.”

Song se quedó quieta. Seguramente el hombre no tendría la audacia de intentar convertir el robo a una noble pereduri en una forma de reclutarla. Claro que sí, lo haría. La recompensa valdría la pena para el intento. Si lograba su cometido, la reputación previa del capitán Camarón se convertiría en una gloria culminante. El hombre con la lengua tan afilada que convertía a sus oponentes en cabalistas.

Le tomó un momento captar la intención de Nenetl, pero finalmente lo hizo. Si la Thirteenth quemaba ese escondite mientras Angharad todavía —al menos en lo nominal— formaba parte de la brigada, cerraba la puerta a que la Novena la reclutara. Incorporarla tras un solo incidente convertía un malentendido en un golpe de Estado; pero dos, ya era ser el chivo expiatorio. Los costos reputacionales serían demasiado altos.

Era una experiencia humillante darse cuenta de que la única razón por la cual la capitana de la Tercera la tenía delante era para asegurarse de que su enemigo no tuviera oportunidad de hacerse con Angharad Tredegar.

“Gracias por la advertencia,” forzó a responder Song.

Nenetl inclinó levemente la cabeza.

“Piensa en ello, por supuesto,” dijo, poniéndose de pie. “Pero recuerda que el tiempo no está de tu lado.”

Por muy egoísta que hubiera sido el favor que le prestó, Song lo consideró suficiente como para fingir que no notó que la otra mujer guardó las últimas galletas en el plato y que solo tomó un sorbo de su té. Permaneció allí sentada hasta que el té se enfrió, con los ojos cerrados, reclinada en la silla sumamente cómoda.

Necesitaba consejo.

Le producía un estremecimiento pensar en a quién tendría que pedírselo.

--

La encontró en el momento en que el Capitán Wen comía.

Buscar a alguien con tanta desesperación era un acto de desesperanza, pero ¿qué más le quedaba? Tardarían semanas en responderle al tío Zhuge, asumiendo que tuviera suerte con los navíos, y sencillamente no había otra persona con quien Song pudiera hablar. Ferranda trabajaba en su contra, aunque con tareas suaves, y la idea de pedirle consejo al coronel Cao — y por tanto tener que explicar sus errores — le hacía estremecerse hasta la médula de los huesos.

Enviar a la sargenta Mandisa en busca de direcciones la llevó a una pequeña tienda cerca del puerto. Allí encontró a Wen Duan conversando con la dueña, una mujer izcalli de mediana edad, de cabello negro largo y flequillo recto. Ella reía bastante, y Wen le lanzó a Song una mirada irritada al entrar en la tienda — aunque no dejó de morder una barra de esa extraña confitura de almendras llamada turrón, tan apreciada por los Lienganen.

—Song —, le saludó—. ¿Qué quieres?

Su mandíbula se tensó.

—Una conversación —, respondió ella.

El hombre con gafas la miró con aprensión, suspiró y se volvió hacia la dueña.

—Otra para la ruta, si no te importa —, dijo.

—Solo media barra —, replicó ella con suavidad—. De lo contrario, no tendrás motivos para volver.

—Estás equivocado —, le aseguró Wen con una sonrisa encantadora—. Muy equivocado, te lo aseguro.

Eso le valió otra risita, y aunque Song observaba cómo la izcalli le entregaba una barra envuelta de turrón, tocándose sus dedos, pensó que quizás ese era un nuevo y lamentable punto en su vida.

—Deja de mirar con esa cara de que alguien acaba de patearte el gallinero —, dijo Wen al salir a la calle, todavía mordiendo su dulce—. Está arruinando mi turrón.

—Perdón —, logró decir ella.

El hombre corpulento la observó a través de sus gafas doradas.

—Debes estar realmente al borde de tus fuerzas —, anotó—. Ni siquiera parecías estar mentalmente llamándome yixín en tu interior mientras decías eso.

Song se enderezó.

—Yo no—

—Vamos —, interrumpió Wen con calma—. Dar un paseo por la orilla.

No lograría convencer al hombre, sabía, así que apretó los dientes y lo siguió. Song conocía los muelles y algunas calles cercanas, pero aún no había tenido tiempo de recorrer toda la curva del puerto de Allazei junto al agua. Aunque los muelles estaban fortificados y en la costa había otra muralla en forma similar, esa piedra se desmoronaba y después de unos pocos tramos desaparecía por completo.

La Guardia no vio necesario reconstruir la muralla al tomar la ciudad, quizás juzgando que nadie tenía interés en intentar arrebatársela.

Wen los mantenía en movimiento con paso firme y ágil, sin dejarle espacio para decir una sola palabra, así que eventualmente ella se rindió y simplemente lo siguió. Su mirada se perdió en las aguas oscuras, interrumpidas solo por los enormes círculos del Orrery que giraban sin cesar. Era casi reconfortante contemplar esa larga extensión de vacío — aquel majestuoso océano de silencio. No se cansaba cuando los pasos de su protector comenzaban a disminuir, aunque se sentía cálida bajo su abrigo. Quizás era lo mejor, dado el fresco viento que venía del mar.

El Capitán Wen se dejó caer sobre un banco de piedra que miraba hacia el mar, desenrollando una barra de turrón nueva. Song ni siquiera había notado que él acababa de terminar la última.

—“Está bien,” dijo. “Habla.”

—“Ha habido una discusión,” dijo Song mientras se sentaba a su derecha, luego se lamió los labios. “Discutí. Con otros miembros del Trece. No fue bien.”

—“Entraste en el Lugar Vacío,” resopló Wen. “Eso estaba destinado a poner los nervios de todos al límite.”

—“¿Sabes qué es?” preguntó ella.

—“Me informaron,” respondió de manera vaga. “¿Angharad y Maryam enfrentadas?”

Song bajó la mirada. Eso había pasado, pero ciertamente no era lo peor.

—“Entonces tú y Tristan,” dijo Wen. “Pensé que esa olla tardaría uno o dos meses en hervir, admito. ¿Qué fue lo que les llevó a querer ser e familiares?”

Song escondió las manos en las mangas para que no viera cómo apretaba los dedos. ¿Qué tanta honestidad podía tener con él? Solo superficialmente, pensó. El hombre era un leal hasta la médula de la Guardia, y sentiría que era su deber—

—“Algo ilegal,” musitó el hombre corpulento. “O de lo contrario me lo habrías dicho ya.”

Sus dientes se apretaron. Era como si sus pensamientos estuvieran a la vista de todos.

—“Una de tus escoltas desapareció durante el viaje, eso escuché,” dijo Wen con tono insinuante.

Song no respondió ni lo miró siquiera. Finalmente suspiró.

—“Si algo hubiera pasado,” dijo él. “¿Habría sido merecido?”

Pensó en la carne de rojo ardiente que había destruido, en la brutal tortura a la que había condenado al hombre alimentándolo a un dios malvado.

—“Algunas cosas,” susurró. “Pero no todas.”

—“Algo de lo que te arrepentiste y en lo que Tristan estuvo involucrado,” reflexionó Wen. “Una receta para el desastre. Ese pequeño idiota parece ser en realidad una desgracia ambulante, ¿verdad?”

Eso logró que ella sonriera débilmente. Song exhaló superficialmente y le contó todo, menos el detalle que condenaba, cómo hubo una delgada capa de paz que se había roto, cómo ella había arañado a Tristan una vez demasiado y todo había salido a la luz. Maryam volviéndose contra ella, contra Angharad. Angharad volviéndose contra todos ellos. Cómo su grupo había abandonado prácticamente la cabaña y ahora todos evitaban su presencia.

Wen escuchó todo atento, asentía, tarareaba y mordisqueaba su turrón. Cuando ella terminó, su respiración era agitada y su voz, ronca.

—“Solo era cuestión de tiempo,” finalmente dijo Wen.

—“¿Entonces era inevitable?” preguntó Song, exhausta. “Nada se pudo hacer.”

El hombre rió.

—“No seas tonto,” dijo. “Mucho se puede hacer. Solo que no por ti, Song. No tienes lo que se necesita.”

Ella inspiró profundamente, giró una mirada severa hacia él.

—“¿Perdón?” preguntó con dureza.

—“Siempre ibas a fracasar, Song,” dijo el Capitán Wen lentamente, como si se dirigiera a un niño. “Eso lo supe desde que entraste en la Fortaleza Vieja. Esa derrota llevaba latente en tu sangre desde que eras una niña, apostarías.”

Su mandíbula se apretó, su cuerpo entero también.

—“He sido plenamente preparada para esto, Capitán Wen,” dijo con voz clara, enunciando cada palabra cuidadosamente.

—“Puede que seas la peor calificada incluso en tu propia brigada,” reflexionó Wen.

—“¿La peor calificada?” siseó Song. “He entrenado para esto desde que podía caminar. ¿Sabes cómo era eso? Solo salía de casa para hacer prácticas con lanzas en el patio, pintaba caracteres hasta hacer sangrar mis dedos y cada comida era una ceremonia formal.”

Sus dedos se apretaron.

“Aprendí a hablar Umoya antes que mi propio apellido de soltera, Wen,” arañó ella. “Me obligaron a pasar por un niño para que el maestro de espada de mi hermano se dignara a golpearme. La forma más cercana que tuve de volar una cometa fue cuando me hicieron dispararlas en la práctica de tiro.”

El hombre corpulento, indiferente a su voz en aumento, mordió su turrón y lo masticó con ruido.

“Rudo,” dijo, después de tragar. “De todos modos, aunque no diré que fue totalmente inútil, esto no tiene mucho que ver con lo que intentas lograr aquí en Scholomance.”

“Fui criada para ser una líder,” insistió Song.

“Quizás fuiste educada para hacer cosas que una líder puede hacer,” permitió Wen. “¿Esas cometas que disparaste, las hicieron los hijos de los sirvientes?”

Dudando, ella asentó con la cabeza.

“¿Alguna vez volaste cometas con ellos?” preguntó él.

Su mandíbula se tensó al ver hacia dónde iba. Haciéndola parecer como una especie de plato de porcelana, solo sacado para comidas formales.

“Mi familia no es tonta, Wen,” mordió ella. “Me enseñaron a entrenar guardias, a tomar informes de nuestros sirvientes y a cuadrar cuentas.”

“No te enseñaron nada en realidad,” respondió Wen con amabilidad. “Todas esas personas que mencionas respondían al nombre de Ren, no a ti. Generosamente, te permitiré que quizá aprendiste a sonar como alguien a quien otros responden. No es nada, pero digamos que las patas no son la parte más importante del pájaro.”

“Autoridad—”

“Se gana,” interrumpió con indiferencia el Tianxi. “Si fueras oficial en los militares regulares, tu rango representaría años de servicio y entrenamiento. confiarían en eso hasta que aprendieran a confiar en ti. Pero aquí, en esta escuela?”

Resopló.

“¿Qué has hecho para que cualquiera de los mocosos del Decimotercero deba seguir tus consejos incluso para rascarse la nuca, Song?” preguntó. “Estás en la misma línea de partida y eres capitana principalmente porque eres una Stripe y nadie se molestó en quitártelo. A algunos de ellos te gustan, pero ninguno de ellos te respeta.”

Ella apretó los dientes, sintiéndolo como si la hubieran abofeteado. No lloraría, no le daría ese placer.

“No es el fin del mundo,” dijo Wen, sin malicia. “Es para lo que sirven las clases Stripe: eliminar parte del fracaso en las venas de todos esos arrogantes pequeños idiotas. En la mayoría de los cábilas, habrías pasado y aprendido las lecciones más importantes en uno o dos años. Como la mayoría de tus compañeros.”

Con otra mordida, casi inhaló el turrón.

“Solo que tú no formaste la mayoría de los cábilas, creaste el Decimotercero,” afirmó él. “Elegiste a tres de las personas más talentosas y desequilibradas del listado del año y trataste de manejarlas como si fueran los guardias de la finca de tu padre.”

“¿Talentosas?” preguntó Song, casi con tono lastimero.

“No hace falta explicar a Tredegar,” dijo Wen. “Tristan es el último estudiante de la criatura bajo la cama de la Krypteia, una entidad que lleva más tiempo de existencia que las Repúblicas.”

Hizo una pausa.

“Maryam requirió investigar un poco,” admitió. “Pensé que el nombre en su recomendación podría ser pura coincidencia, pero resultó que fue enviada aquí por Totec, el Plumífero.”

No ocultó su ignorancia.

“No conocerás ese nombre porque no es famoso fuera de su gremio,” le dijo Wen. “Es el hombre que los Navegantes han estado enviando durante los últimos treinta años para aprender los ritos de los practicantes de Gloam, a ver si pueden convertirlos en verdaderos Signos. Si piensa que Maryam tiene ‘gran potencial’, no estoy en desacuerdo.”

—No tenía idea —susurró ella.

—Porque no conoces a ninguno de estos individuos —dijo él—. Son una acumulación ambulante de heridas en el interior de sus mentes, que una joven que nunca ha hablado con nadie más que para obedecer u ordenar, no tendría idea de cómo manejar. Eres un pez en la cima de una montaña.

Él tomó otro bocado.

—Quizá caigas en un estanque —dijo Wen, masticando—. Lo más probable es que te asfixies.

—No puedo dejar que termine así —mordió Song—. Debe haber alguna forma de arreglar esto.

Wen la observó durante un largo instante, masticando, y finalmente tragó.

—La verdadera autoridad surge del pozo de la confianza —dijo, citando a alguien—. Los hombres pueden ser intimidados o comprados, pero nunca lograrán lo que harían bajo la guía de alguien que creen que merece mandar sobre ellos.

—¿Y cómo llego allí? —preguntó ella.

Él río.

—¿Soy yo la Franja, o tú? —preguntó Wen—. Descúbrelo, Song. O disuelve tu brigada y déjalos ser gobernados por alguien que sí lo hará.

Luego se levantó y se alejó. Song sabía que era mejor no seguirlo. Se quedó allí en el banco, mirando la vastedad de la nada mientras el viento le levantaba migajas en el abrigo. Sentada allí todo el día, sintió que era una espectadora. Observando cómo otros se alejaban de ella. No, quizás no solo hoy. Debe ser su mano en el cincel, no la del destino, porque de ser así nada se arreglaría.

Song comenzaría con la cabalista a quien pudiera alcanzar.